

El secreto de Alicia

Roberto Burgos Cantor

Ilustraciones Edwin Monsalve

Para Antonia y mi Gabriela

En el correo electrónico, como tantas veces, estaban las noticias tuyas. Éstas me llegaban desde algún hospedaje de carretera. Hacía un viaje de Atlanta a New York. Peregrinaje lo llamaría más tarde en la crónica que escribió al volver sin saber que sería la última. El aire todavía guardaba el frío del final del invierno y a la orilla de la autopista estaba la nieve apilada y el resplandor de vidrio de los restos de la capa de hielo sobre el asfalto.

Nunca avisaba de los viajes. Por ellos abandonaba las salas de cine donde miraba las películas antes del estreno y se iba a los festivales o a las entrevistas con los actores y realizadores en Londres, Barcelona, Roma, Los Ángeles, La Habana. Apenas advertía de la ausencia cuando se daba un encuentro casual antes de la partida o cuando debía posponer la fecha de una cita por este motivo.

Aunque no le desagradaban las ciudades pequeñas, de calles solitarias en la noche con algún borracho detenido en la incertidumbre pasmada de no saber dónde estaba, en el mismo sitio de tantas veces, esta vez se incomodó por el error en la reserva del hotel en Bethlehem. No encontraron habitación y debieron deambular por la noche para atravesar esas horas después de las dos del amanecer que parecen trabadas. Distrajeron el inconveniente entre restaurantes de servicio 24 horas y parqueaderos desiertos en los cuales encendían un momento el automóvil hasta que la calefacción ponía tibio el interior.

En esa amanecida sintió el malestar. Lo atribuyó a la mala noche. En la estación de combustible donde volvieron a llenar el tanque y bajaron a desayunar, fue al lavabo. Se limpió con agua caliente la cara y lavó los lentes. Hizo buches. Un bienestar que duró poco lo acompañó al café con su olor permanente a salchichas doradas y mostaza, papas fritas, chuletas con manzana. No precisó en cuáles filmes vio esta escena con niñas secuestradas y asesinos que oscilaban entre el instinto de la destrucción y el enamoramiento.

Pronto ubicó la mesa donde su hija, el marido y la pequeña Antonia, la más despierta por la aventura de mal dormir en el automóvil, se habían sentado. Distinguió los huevos fritos cubiertos de pimienta de cayena que el yerno empezaba a comer con tostadas de pan negro. Antes de sentarse padeció las ascuas de la inapetencia y sin quejas ni maldiciones se oyó decir otra vez una frase que le había dicho a uno de sus amigos después de un doble con películas imposibles. Quién sabe si recordó esa vez con el amigo o la frase voló sola. Afirmó para sí, con ternura y cruel certidumbre: hasta lo malo tiene fin.

Optó por un té negro de bolsa y una tajada de pan blando con mermelada de naranja amarga. Lo atacó sin energías mientras recordaba desconsolado sus momentos, los más, de glotonería gozosa en los cuales cada plato hacía un homenaje a una película o venía la remembranza de una comida con alguien de su aprecio. El bacalao con Vásquez Montalbán, el arroz con coco y la posta negra con Cabrera Infante y Myriam, el sábalo frito en manteca de cerdo rodeado por trocitos de caracol de pala y arroz de auyama en Cartagena de Indias durante el festival de cine cuando visitaba a Constanza Cantor en la isla de Manga, el chivo con suero y yuca cocinada en el restaurante guajiro de Yiya. Ninguno de estos recuerdos, más raudos que compasivos, en los que apreciaba tanto los platos como la compañía, le devolvió las ganas de comer y una falta de apetito incómoda ganó terreno.

El automóvil volvió a la autopista y avanzó entre la luz uniforme encajonada en un techo de cielo gris pizarra sin horizonte. Vio la caravana de camiones con remolque, sus luces rojas de señales y los tubos altos de escape con su fumarola de globos que ascendían al cambiar de velocidad y se deshacían. Pensó en *Punto de fuga*, el filme donde un camión cual encabronada ballena blanca persigue al automóvil *Pequod* de un solo tripulante, y tuvo la imagen de Cabrera Infante en la penumbra de una de las viejas salas de cine del neblinoso Distrito Capital de Bogotá, de muchas sillas y con la olorosa humedad de sus alfombras de hebra gruesa de trapeador, selva de pulgas, moviéndose en la platea con sus pasos cortos mientras contaba cómo escribía los guiones y el enredijo que provocó en su mente el guión de la novela de Malcom Lowry, *Bajo el volcán*, y la risa desordenada del poeta Santiago Mutis que se regó como aguacero sobre un techo de zinc en el silencio reverencial del público de universitarios y el desconcierto del cubano que atinó a decir: apuesto a que no sabes lo que es haber estado en una clínica de reposo, como llaman con cierta compasión al hospital de locos, con la identidad trasapelada. Curioso recuerdo, pensó. Y se puso a decir frases cortas para disimular el malestar en aumento y a cambiar con dificultad de posición en el asiento de atrás del carro donde iban él y Antonia sin haber sacado el apoyabrazo de la mitad del espaldar.

Repetía diálogos de películas con los que jugaba con frecuencia: (Mi revólver es más largo que el tuyo), (Yo te hablo con los sentimientos y tú me respondes con las palabras), (Soy un hombre viejo que le tiene miedo a la oscuridad), (A veces uno encuentra su destino en el camino que tomó para evitarlo), (Entonces la vida es un espantoso horror), (Tócala Sam),

(Para mí una película empieza por algo muy vago). Tres pájaros raudos que no alcanzó a atrapar: algo de Hitchcock sobre el crimen perfecto en *Ventana indiscreta*; un libro de Paul Eluard en una de Godard; una palabra de *Ciudadano Kane* que le hacía anticipar a Brando y su tango patético y su poder de padre y patrono.

Margarita, su hija, al lado del marido quien conducía, había reclinado el asiento y sin abrir los ojos comentó: Reconocí dos películas. ¿Haces trampa?

Quería reírse y sintió la risa atrancada. No salía. Ese instante de felicidad secreta quedaba sin expresión, obturado, apenas para él y la imposibilidad. Le dolió. De esos dolores sin lugar que matan todo. La boca parecía llena de algodón recién recogido, áspero, seco.

La pequeña, Antonia, abandonó la cabeza contra su torso. El abuelo cerró los ojos. Echó la cabeza hacia atrás hasta dar con el cabezal.

No encontraba otra ocasión en que hubiera padecido lo que ahora. Quiso describirlo. Los hilos del títere, los movimientos o gestos que alguien le ahorra a uno y le evita discernir la dirección, su utilidad, su fundamento, parecían cortados. Estaban encogidos, lombrices aburridas, inmóviles y gastadas.

Intentó describir, para él mismo, lo que padecía. No iba a arruinarles el viaje. Además faltaba poco para llegar. Era como si las fuerzas, el ánimo, se fugaran por una grieta desconocida que él no había abierto. Le resultaba difícil atrapar los pensamientos. Ni siquiera sabía si en el pozo de inquietud se volvían burbujas. Era una perturbación distinta.

Iba encogido en el hueco cuando algo reconocible y alegre para él lo sacó. La voz de Liza Minnelli cantando "You are my Lucky Star" en *New York New York* con Robert De Niro. Habían llegado. Margarita le dijo: Lo tenía programado para ti. ¿Te acuerdas?

No cerró más los ojos y trató de entretenerse con el paisaje de puentes, túneles, edificios, avenidas, taxis, limusinas, bocas del metro, enormes vitrinas, que le eran familiares a fuerza de verlas en las películas. El estómago le dolía por todos los lados y la piel desde el bajo vientre hasta las tetillas se había puesto tensa, de tambor.

Le hubiera gustado atrapar la pregunta de Margarita: ¿Te acuerdas?

De qué se acordaba él ¿?

En la fluorescencia plata-gris de la estación fría que terminaba dejó la vista en el Central Park, los árboles indigentes con las primeras yemas y algunos cuervos perdidos en las ramas de cortezas heladas, los senderos con fango, las ardillas raudas. Descubría en las bolsas de tela liviana o papel áspero que llevaban las oficinistas rubias, con su andar entre militar y sensual, con el cuidado de quien transporta huevos, las puntas de los tacones de siete centímetros que se quitaban para no estropearlos en ese suelo sin tapetes.

Llegaron al hotel donde habían hecho la reserva. Uno de los edificios bajos de ladrillos, con una recepción en penumbra, de escasa decoración, con alojamiento confortable.

Entraron a la habitación doble y él a la sencilla que estaba contigua. Antonia preguntó si podía irse con él. Le dijeron que más tarde, que dejará a

Apeco descansar y ducharse. Los mayores habían aceptado el acercamiento fonético de los niños al nombre del abuelo. Alberto se convirtió en Apeco. Apeco.

No pudo levantar la persiana de madera y soltó la valija de viaje en el suelo. Casi mil millas de carretera. Se echó en la cama y estuvo boca arriba mirando sin mirar el techo y afligido por no entender lo que le ocurría, la fatiga, las ganas de no vivir, el desconsuelo, el nuevo abatimiento.

Entonces, en medio del techo vacío con la capa gruesa de pintura de aceite color marfil, las luces estaban en las lámparas de pie y de mesa, lo asaltó sin violencia la novela de su amigo Alberto Sierra. Aquella novela, *Dos o tres inviernos*, a la cual él le había escrito el prólogo. La escritura mostraba una estética afín y se parecía a una introducción de autor. Una novela del hastío, de la ausencia de horizonte, del despojo existencial, que lo había entusiasmado. Se detuvo a considerar los pocos pensamientos que le obedecían: que si acaso él, como el personaje femenino de Sierra, estaba frente al muro, sin salida, sin vuelta, sin regreso. Le habría gustado a Alberto Sierra saber que este instante parecía salir de su novela después de tantos años.

Otra vez la risa empozada: se anunciaba por un incidente de aquellos días. Habían ido al mar, Sierra, él, un novelista que fue cronista de guerra con máquina de rodillo y teclas ruidosas al hombro, y un poeta que dirigía un movimiento de artistas. A la semana siguiente había recibido del poeta una fotografía en la cual todos jugaban: alguno en calzoncillos, otro con el pantalón arremangado, entre las olas de salto alto del Caribe. En el respaldo había escrito: en recuerdo de la orgía de sol, mar y nalgas. Dejó la fotografía en la vitrina de sala donde la mujer de su padre guardaba las tazas chinas con su decoración en relieve de ramas de cerezos y borde dorado, las cartas que alguna vez contestaría, las latas de las galletas importadas, la dulcera con la jalea de guayaba y los animalitos de cristal de colores.

Al volver de la Universidad donde hacía esfuerzos por seguir en la facultad de Derecho, encontró a su padre vuelto una furia. Había abandonado la mecedora donde se balanceaba para aliviar el sopor quieto del medio día, y blandía con su mano en alto el papel esmaltado blanco y negro. Lo único que me faltaba, repetía, mientras caminaba de un extremo al otro de la sala, sin mirarlo. Lo único que me faltaba, mi único hijo varón y resulta con una parranda de maricas. Respiraba el aire tibio, recalentado por su ira y continuaba, no quiero maricas en mi casa. No quiero.

Él sorteó la indignada molestia y encontró mansedumbre para decirle: Padre es una metáfora. Sus palabras suaves, casi tiernas, tuvieron el efecto de la vara inclemente que hurga la herida en el toro y, su padre, con las frases que arrojaba como un telegrama viejo por las desarmonías de su respiración alterada, retomó la erupción de rabia: ¡Qué metáfora ni qué jeringoza ni metamierda! ¡Maricadas, maricadas, maricadas!

Tampoco pudo esta vez ver aflorar la risa. No logró expulsarla. Un dolor más fuerte se anunció en el torso, en la espalda, en el vientre. Nube sin viento que se instala en el cielo podrido de tormenta.

Con lentitud se dio vuelta en la cama hasta tener los pies en el suelo. Movié la persiana y puso sus láminas paralelas. Miró entre ellas. Vio mucho de lo que amaba. Desde el paisaje escueto de su geografía literaria, mundo de restos y agonías, hasta este portento de rascacielos, puentes, el río, y enormes aviones boeing que se metían entre las ventanas de las torres y las derruían. Subió la persiana y le pareció observar una pecera detrás del aire de acero esmerilado, azuloso, en que estaba sumergida la ciudad. Lo perturbó el pensamiento de que no la había visto bajo la lluvia. Se propuso revisar el periódico para saber si uno de sus directores de cine preferidos estaría en un bar del Village, de esos de notas de saxo incrustadas en la atmósfera y en las paredes con retratos y carteles viejos que la culpa o la gratitud tardía hacen memorables, y lo imaginó con su rostro apacible de judío travieso, su angustia mental, sus lentes de vidrio grueso, con el saxofón persiguiendo un solo.

Se dispuso a prepararse para salir. En el cuarto de baño fue consciente por primera vez del color de su piel. Una palidez que desconocía estaba en el espejo, en el resplandor fijo de la luz halógena. El recuerdo de la fotografía en el mar lo acercó a la sombra de cómo era. Más alto. El cabello negro al rape. Los ojos orientales sin gafas. La punta de la nariz delgada. Los labios voluntariosos sin fisuras. Había perdido cabello y el descampado arzobispal de la cabeza en la coronilla dejaba una forma noble que surgía como piedra marina del cercado espumoso que caía sobre su cuello.

Atribuyó el color y el abotagamiento del rostro a la vigilia y a la incomodidad del viaje y dejó salir el agua de la ducha hasta que estuvo caliente. Se abandonó al calor y al sonido del agua que lo aislaba más, y después de un rato entre el vapor se arrojó con la toalla. Se pasó la máquina de afeitar al tacto por donde estaban erizados los pelos de la barba.

Cuando abrió la puerta Antonia venía por él. Desde la otra puerta Margarita y el marido la miraban avanzar por el corredor. Bajaron en el ascensor, de mecanismos suaves y precisos, que ahora desprendía el olor a limpiametales y sus partes de bronce brillaban en la iluminación discreta.

En la calle respiró cuidadoso con el propósito de llenar los pulmones. El aire del invierno no le produjo ningún bienestar. Después de varias cuadras, el placer que solía sentir al caminar las calles de las ciudades que visitaba quedó agotado. Se supo exhausto, sin más pasos. Encontró una excusa vaga que no alarmara y contó que estaba descompensado por el viaje. Antes de continuar a buscar el carro hicieron un descanso en un Starbucks con los barriles y sacos de café de orígenes diversos a la vista. Observó los jarros y tazas exhibidas para verificar si había alguna que no tuviera en su colección. Era un capricho que había empezado con un recuerdo de viaje que le había traído una enamorada reciente. Como en otros amores distantes, él prolongaba el recuerdo y no dejaba de aumentar el talismán, la prenda contra el olvido, para celebrar la pasión y castigarse la por ausencia. Así acumuló libros de Cortázar, canciones de Benedetti, películas de Jarmousch, líneas y líneas en rollos de papel discontinuados de teletipos vetustos y *La dalia negra* de James Ellroy que compartía con una generosidad contagiosa.

Una vez en el automóvil le dio a su yerno una lista con direcciones. Disimuló con eficiencia el esfuerzo y en un ejercicio de brevedad le indicaba a Antonia para que oyeran todos: la belleza acorazada de Greta Garbo cuando mira por un telescopio torres y vías y terrazas y los traduce en toneladas de acero y cemento, no busca a las estrellas; la escena donde el espejo envidia la desnudez de la australiana acariciada desde atrás por el ojo de vidrio ansioso de Stanley Kubrick; la capilla de la Universal Funeral Home donde Marilyn le dijo a Capote: A veces quiero saber lo que va a pasar; el lugar del crimen en la novela de Vásquez Montalbán; el vacío donde una vez hubo dos torres, y Antonia mira y mira y recuerda torres de princesas, bosques encantados, una película de Burton que le mostraron sus padres.

Se detuvieron en el MOMA y le preguntaron si se recuperaba. Entraron y quiso ver a los artistas colombianos que tenían obra exhibida. Quería ver también la ampliación y, sin exigirse porque no tenía cómo, entraron. Se sentó a examinar catálogos y planos. Pensó sin deliberación en Álvaro Barrios. Este pintor había diseñado la tapa de su primera novela. Consideró si acaso lo lejano atrae a lo que está cerca o lo que está cercano atrae a lo que queda lejos. Y rememoró los collages de Barrios, su San Sebastián de ojos envueltos en un suspiro y su Dick Tracy, su irreverencia que muestra cómo cada época mira y esa mirada es la única posible. Sería que esa estética los unía ¿?

Cuando volvieron al carro había oscurecido. Buscaron la calle 17, entre las avenidas 5ª y 6ª donde un almacén de música tenía los discos que no hallaba en otro lugar. Aunque hacía meses buscaba unos blues que Elvis Costello produjo con el silencio de los músicos de New Orleans durante la inundación y el abandono posterior, no pudo superar la debilidad y prefirió una mentira suave. Les dijo que ya se lo habían enviado.

Margarita le guardaba otra sorpresa.

Rodaron por Manhattan acercándose a la calle 60. En la carrera 2ª se detuvieron en el número 222. El marido de su hija, Camilo, les pidió que se bajaran mientras encontraba un lugar dónde estacionar. Lo tuvo enfrente y el asombro le dificultó creerlo. Percibió otro sentimiento: una pequeña zona vacía se llenaba. A pesar de las dificultades para seguir el curso de los instantes de bienestar, pudo reconocer que acababa de saldar una de esas deudas con uno mismo. Por años se había propuesto, sin lograrlo, venir a este restaurante: Serendipity. Vio las colas de orientales y nórdicos esperando una mesa. Apretó el nudo de su bufanda. Hundió las manos en el abrigo y sin fastidio se sentó en la acera. Se puso a recordar la comedia que habían filmado en el año 2001 aquí. Miró enfrente el local gigantesco de Bloomingdale's y los espacios de las ropas y utensilios de invierno que comenzaban a recoger para ponerlos en las secciones de saldos. Le dijo a Antonia, en un susurro sacado de la emoción, que Serendipity era una palabra que había nacido en 1754 y no envejecía. Cuántos años tiene preguntó la niña. Una pila, respondió él, como Drácula. Quiso jugar sin reírse: en-ve-je-ci-do. Do, do, de mi clarinete. Se quedó sin aire. Envejecido: gua-re-ci-do en los montones de años y años.



Antonia se plantó delante de él, junto a sus piernas estiradas sobre la calle y le preguntó que qué era gua-gua- re- re- re- cido. Apeco buscó aire en las alturas y le contestó: guarecido es guarecerse, refugiarse, ampararse, esconderse, protegerse. Como ahora: estamos guardados por Serendipity junto a su puerta que se abrirá y nos ofrecerá una mesa. Mejor que las puertas de la ley. ¿Verdad Margarita? Ella sonrió y él se quedó mirando el suelo de la calle mientras Antonia decía: estamos locos.

Se acercó a su oreja y protegiendo la voz del viento y el descampado de la calle con sus manitas aún formándose le dijo algo. Apeco, sometido por la parálisis del desánimo, no respondió. Con esfuerzo miró arriba.

Les avisaron que podían entrar y recorrió con los ojos lentos los íconos memorables de Serendipity. Quería pensar con cuidado en la relación nueva entre los enormes dinosaurios del museo de Ciencias Naturales que vistos desde fuera ya asustaban, y las latas y reproducciones de Andy Warhol que adoraba este restaurante y cuyos objetos volvían distinta la comida, y el artefacto entre dinosaurio y criatura de guerra de las estrellas que Antonia desarmaba y rearmaba sin cesar. No podía. Se le escapaban las ideas. Compartió una quiche con todos y sorbió la Coca-cola sin prisa. No le sabía a nada. No fue la pausa que refresca.

Llegaron al hotel y después de escarbar cuanta migaja de ánimo le quedaba, mostró su ternura, la gratitud, ese amoroso rito que completaba sus deseos y ayudaba a apuntalar el territorio de vida que escogió desde la muerte de su padre. Serendipity. Tuvo una noche interrumpida por las pesadillas. La brisa desatada de las dos de la tarde y él en una embarcación pequeña de motor fuera de borda con su amigo escritor de Cartagena de Indias navegando hasta los pilotes de un puente en construcción sobre el río y los remolinos que se llevaban el arca y el barco de rueda de Noé León.

Cuando se levantó había tomado la decisión. Con explicaciones escasas les dijo que cambiaría el pasaje y retornaría a Bogotá, que algo en su salud no estaba funcionando. Con abundantes amores expresó su gratitud por el inolvidable peregrinaje. No permitió discusiones y aceptó que lo dejaran en el aeropuerto.

Ahora conocía las torturas.

Un alivio de un orden desconocido lo poseyó cuando el avión descendía.

Una llovizna apretada enredaba más la movilidad del tránsito en Bogotá. Calles destrozadas, grúas quietas, trancones, desvíos y la claridad extraña del alumbrado público colándose entre el agua.

Otra vez la recuperación de las sensaciones: vuelta a casa. Regresar. El conductor del taxi lo vio cansado y tomó la valija para entregarla al portero. Éste lo saludó y llevó el equipaje a su puerta en la primera planta.

La dolencia predominaba y le impedía reconocer el paliativo, o las alegrías dispersas de llegar, de aligerar lo que el viaje ponía en suspenso. Abrió la puerta y exploró la pared con la palma de la mano mientras daba con el interruptor. Lo oprimió. Y allí estaba lo que dejó: la mesa pequeña. La sala de espacio recogido. El estante con las tazas. Los carteles que celebraban su entusiasmo por algún filme. La fotografía de cuerpo entero que casi

ocupaba la altura de la pared y arrojaba un ánimo alegre: Gabriel García Márquez y el fotógrafo Hernán Díaz. Parecían unos invitados satisfechos, de los que no quieren irse y abrazan al anfitrión. Ahí en la pared, lo esperaban.

Lo único que deseaba era tirarse en la cama pero se asomó a la habitación de las alquimias, con su orden geométrico de libros, copias digitales de películas, el ordenador, un PC de pantalla grande. Sobre las superficies reposaba la capa de polvo que delata las ausencias.

En la mañana no terminaba de despertarse cuando sus dos hijos, los varones, llegaron al borde de la cama y lo conminaron: nos vamos contigo al médico. Oyó el *contigo* como un énfasis, un subrayado doble, y sin fuerzas para discutir fue al baño, se hizo un aseo desganado y lo cubrió con la colonia que le gustaba, *Polo*, uno de los aromas interesantes que no se camuflaban con las selvas ni las hierbas aromáticas. Invención humana. Olor de la época.

Se sabía tan devastado que cuando el facultativo, le gustó decir facultativo, dijo sereno una receta que suponía lo indiscutible de una orden —nos vamos para el hospital—, no preguntó nada, ni se opuso. Aquí la percepción única es que se entregaba a esa parte del destino ignoto, sin señales, pura revelación.

Exámenes y exámenes, un drenaje que le quitó el peso en el vientre. Días de reclusión en el hospital con los anuncios de sus amigos periodistas que referían la noticia de su salud averiada en un hospital. Él, que nunca fue al médico. La presencia de amigos, ¿que no veía hace cuánto?, le llevó la preocupación de que algo que no le habían informado estaba sucediendo.

Entre imprecisiones y esperas del diagnóstico en el hospital se acabó su paciencia. A una amiga de todos los tiempos que fue a verlo le dijo: Esto se complicó.

La fortaleza y los cimientos que puso al ánimo se derruían con el paso de los días. La luz sucia al amanecer colándose por las persianas. El mal dormir de los hijos que se turnaban para acompañarlo en un sofá frío. La enfermera y su saludo risueño de rutina. La imparcialidad simulada de los médicos. La actualidad que poco a poco se le fugaba en el televisor de la habitación con sus noticieros donde la única jerarquía es la noticia. El anudamiento de los hilos de la vida cuando recibió a su amigo Álvaro Medina y rememoraron la noche en que se fueron por las avenidas de la ciudad recién hecha, a la sala donde proyectaban *Los cuatrocientos golpes*. Y ese niño que corría y corría hasta que prendían las luces. Allí estaban los dos, después que se desocupó el cine, los dos mirándose sin saber qué hacer con tanta felicidad y tanta ternura y tanta tristeza.

Y se devolvieron a sus casas caminando porque había terminado el horario del transporte público colectivo y no tenían para un taxi. Caminaban sin poder hablar con esas imágenes incrustadas en los ojos, en el alma, y el rumor de la corriente indetenible del río y el aroma a caimanes en celo y las flores de los árboles tapizando las calles. Y de repente, saber que lo habían despertado sus propios gritos en la pesadilla.

¿Qué quedaría? Con tanto por escribir.

Tantas películas le dieron la clave de la solemnidad que acompañaba al médico ese mediodía de lluvias y luz sucia donde el clima destemplaba los jirones de la existencia.

El hígado estaba sitiado por el cáncer. Abrir, dijo abrir para referirse a la cirugía, es un padecimiento inútil. Sintió que lo expulsaban del hospital. Nunca lo expulsaron del colegio.

Apeco no tuvo tripas para preguntar cuánto tiempo le quedaba y si había tratamiento para curar o para alargar. Se quedó en silencio, como tantas veces en que su respuesta a un malentendido sentimental o un reclamo de trabajo o una crítica literaria era quedarse callado. Nunca cedió a romper la coraza de mutismo por mucho que lo hirieran las palabras del otro, esos reclamos que al repetirlos aumentaban su filo, su innecesaria crueldad.

Cuando volvió a la casa estaba más impedido. Una enfermera lo acompañaba de día y otra hacía turno de noche. Se aburrió pronto de las pastillas y las cucharadas, y su voz seductora que se oía en programas de radio nocturnos empezó a desvanecerse. ¿Qué quedaba? Soportaba una especie de presente inmóvil en el que desaparecieron los días y las noches. Como si el tiempo se hubiera trabado para él y se hubiera convertido en una acechancia. Reconocía un estado de rabia sin salida y se frotaba una mano contra la otra. Algo parecido al olvido se instalaba en su mente.

Se demoró en reconocer que su hija Margarita, de la cual se había despedido en New York, estaba ahora acá, con él. Vislumbró entonces que el final se acercaba. Se dio cuenta de que Antonia entraba a la habitación a verlo y con ella las hijas de Olga, su otra hija, Alicia y Gabriela de siete y cinco años, quienes le preguntaban que cuándo se iba a levantar. Que cuándo iban a cine.

De vez en vez abría los ojos y se quedaban quietos, ostiones moribundos en las aguas opacas de los manglares.

* * *

Por el internet no llegaban noticias. Entonces fui a verlo. ¿O fui a que me viera? Las calles con automóviles. El portero del edificio donde vivías, ¿vivías?, sin saber a quien entregarle la correspondencia. El mundo siempre extraño empezaba a prescindir de ti. Una cobija liviana te cubría. Habías adelgazado. Me preguntaste por el paquete con cinta de regalo que estaba al lado de una cuchara en la mesa de noche. Esas cucharas que fuera de la mesa y las comidas adquieren una soledad rara. Abrí por un extremo el papel azul y te dije: Vivaldi. Me quedé en silencio acompañando tu silencio sin regresos.

No encontré manera de despedirme y en puntillas innecesarias salí con la tristeza de que estabas más al otro lado, ese donde las palabras no llegan y el tiempo se sale de los relojes, de sus cuerdas repetidas. No había manera de que este lado te importara más.

* * *

Alicia se coló a tu habitación. Insistió en darte las buenas noches. Al momento salió desolada y me confió: Apeco no me conoció. Después Antonia y Gabriela dijeron lo mismo.

La esperanza del milagro es obstinada. Y le pone a la existencia un toque de complejidad de la cual carece cuando queda prevista por las certidumbres de una racionalidad vanidosa. Además la negación del milagro ennoblece el sufrimiento. ¿Lo sabías?

Volví al otro día y conjeturé que tú, Apeco, no tendrías ya días, ni horas, ni soles, ni noches. El mismo portero, un hombre con la cortesía rural sin las intemperancias de la urbe, me atendió. Alicia estaba en la sala de la recepción. Le pregunté que hacía allí.

Me respondió que la madre estaba allá. El allá recibió la nota de un gesto de su mano que indicaba el apartamento de Alberto. Me sorprendió que se hubiera desprendido de la televisión del portero donde pasaban unos dibujos japoneses. Alicia es concentrada y por eso Apeco la llevaba a cine. No hablaba, ni hacía ruido de papeles y papas fritas y dulces. Ahora armaba un globo de helio, de juguete, y lo cargaba de mensajes. La sentí mirarme, como si buscara algo en mi rostro. Entonces dijo: Apeco se murió.

Me hice el desentendido en tanto las sustancias del dolor estragaban las zonas desconocidas que nadie sabe que tiene. Vi la sombra en su rostro de niña que por primera vez se enfrentaba a lo inexplicable, un misterio que no producía curiosidad como el ratón Pérez, o el niño Dios de diciembre. Vi la tensión entre su inocencia que se defendía de los apresuramientos de la realidad y aceptaba una devastación. Su mirada exploraba respuestas en mi cara de palo, congelada por lo inevitable de la aflicción. Y repitió: Apeco se murió.

Yo que me había disfrazado de lámpara en la oscuridad, de risa suelta en el llanto, de rey en la necesidad, de Sherezada en los insomnios, de soldado en los ataques, yo, su amigo, el amigo de Alicia, salí corriendo al sótano a llorar y a orinarme en los pantalones como un borracho desamorado que se abraza a sí mismo para padecer la indiferencia del mundo. ■

Roberto Burgos Cantor (Colombia)

Entre sus novelas están: *Pavana del ángel* (1995), *Señas particulares* (2001); y los libros de cuentos: *De gozos y desvelos* (1987), *Quiero es cantar* (1998), *Juegos de niños* (1999). Su última novela, *La ceiba de la memoria*, recibió el Premio de Narrativa José María Arguedas de la Casa de las Américas de Cuba, 2009. Su obra ha sido traducida al alemán, al checo, al húngaro, al francés y al marroquí.